

El futuro que tú no conoces

Autor: Miguel Ángel Yuste de Paz

Se oye el sonido de la verja de entrada que se abre. En un par de minutos, quizás menos, entrarás por esta puerta que aún resguarda la despreocupación en la que aún vives del vértigo en el que yo llevo un buen rato instalado. Yo tengo el poder de conocer una parte del futuro que te espera, tú no, aunque no puedo hacer nada para cambiarlo.

En estos dos minutos voy adelante y atrás en el tiempo: recuerdo ahora tu sonrisa de gata agradecida y aún dormida antes de salir de tu casa esta mañana. Pero esta nube celestial que nos envuelve aún, se diluirá en una lluvia negra en cuanto abras esa puerta.

Se oyen ya tus pasos sobre los primeros peldaños de la escalera de madera.

La leve brisa que entra por la ventana refresca mi piel y blinda mi ánimo en esta hiriente pero acariciadora primavera madrileña. Mientras, las flores de la buganvilla del balcón se mueven, y mañana seguirán haciéndolo, ciegas e insensibles ante los asuntos humanos.

Tu mano acaricia ya la manilla de la puerta. Veo por fin un esbozo improvisado de tu cara y me fijo en el vestido gris perla que no te había visto antes. Me descubres enseguida, amordazado y atado a la silla volcada. No hay compasión en tu mirada de sorpresa y espanto. Tu bolso cae al suelo, su velocidad delata el revólver plateado que sé que llevas dentro. Todo comienza a correr, ahora ya estás de lleno en el futuro que desconocías. Ves ahora el rectángulo sucio sobre la pared donde estaba el Caravaggio, y las carpetas y los papeles desperdigados sobre la alfombra oscura. Recoges el bolso al mismo tiempo que sacas el revólver y me apuntas, y pienso, con un regocijo extraño, que si me disparases no tendría que explicarte porque estoy aquí, en esta agencia y galería de arte que es más tuya que mía, atendiendo la cita -y no en un hotel como habíamos tú y yo quedado- con el hombre alto y calvo que se decía representante de un inversor del este de Europa, y del que desde el primer momento habías desconfiado. Huelo el perfume a limón que tantas veces he notado en tu piel. No me desatas. Ni -claro- me preguntas cómo estoy. Sólo dices, masticando las palabras:

-Eres un gilipollas, un perfecto gilipollas.

No te da tiempo a reaccionar cuando él aparece saliendo del lavabo. Suena un disparo, y caes desplomada a mi lado con el revólver todavía en la mano. El vuelo lento de la cortina acaricia tu cuerpo caído. Ahora se agacha y recoge el pequeño bolso con las llaves de tu casa y de la caja fuerte del armario, que era lo que buscaba después de registrar la agencia de arriba abajo y no encontrarla. Sale corriendo sin siquiera mirarme. Me debí quedar inconsciente por el golpe que me dio irritado por no encontrar la caja. He debido despertarme

con el sonido de la verja de entrada al abrirse. No podía imaginar que él estuviese escondido. Parecía esperarla, tal vez él la llamó para hacerla venir hasta aquí.

Ahora el mundo es completamente diferente para todos nosotros. Para ti ya no existe, y a mí, me sorprende que esto no me importe mucho, quizás porque ahora sólo yo sé dónde está la llave y la caja fuerte donde reposan valiosos documentos, camuflada tras el espejo del mismo lavabo donde el hombre alto y calvo ha estado esperándote. Ya suena la sirena de la policía. "El Ladrón", de Caravaggio, reposa bocabajo apoyado en la pared. Yo también desconozco mi futuro, pero sé que si actúo con cautela no me tendré que preocupar jamás por el dinero, y todo eso por ser un perfecto gilipollas.